



*A mi esposa Evira Blanco de Zorrilla.*



TE dedico TABARÉ. . . ¿Y qué he de hacer?

Si fuera á esperar la época en que podré ó no producir algo digno de tí, tendría que renunciar á la satisfacción de escribir tu nombre, que me es tan querido, al frente de mis obras.

Te lo dedico, pues, á tí, la inspiradora de aquellos mis primeros cantos de amor que aún me parece escuchar á la distancia, como una serenata que acaba de pasar por mi lado, y cuyos acordes lejanos se desvanecen en una queja llena de melancolía.



Viejo ya, aunque sin canas y quizá sin muchos años, siento llegar hasta mí, fundidas en un solo acorde, las últimas notas de aquellos mis cantos de adolescente y las primeras risas de nuestros hijos. Hay algo de todo eso en la inspiración que ha dado vida, más ó menos efímera, á este poema; hay, por consiguiente, mucho que es tuyo; tu espíritu y el mío palpitan identificados en él.

Sin duda por eso he mirado á TABARÉ con predilección; tú lo sabes, pues ha sido tu rival durante muchas de esas pocas horas que el trabajo incesante ó las preocupaciones de mi agitada vida me han dejado libres, y que hubieran sido tuyas y de nuestros hijos si no me las hubiera reclamado con derecho el pobre indio, soñada personificación de una estirpe muerta que, cuando menos, tiene derecho á nuestra compasión.

¡Cuántas veces, aunque no muy de agrado, ahuyentaste de mi mesa de labor á nuestra querida y bulliciosa caterva, para hacer silencio en torno de la cuna de mi charrúa!

Quiero devolverte esas horas, dedicándote la obra á que ellas fueron consagradas. Lee, una que otra vez, á nuestros hijos alguna de las estrofas de este pedazo de historia de nuestra patria, de esta su hermosa patria uruguayaya que, con tanto tesón, les enseñamos á amar, después de Dios.

Si ellos llegaran á advertir que esta página íntima está fechada en el destierro, recuérdales, pues tú lo sabes, que no debe

culpase de ello á la patria, y enséñales á preferir siempre el sufrimiento, que tú has sobrellevado conmigo, al abandono de su misión moral en la tierra.

No sin algún pesar me separo de TABARÉ para darlo al público. Él ha sido mi compañero inseparable y bueno durante estos últimos años de tantas amarguras para mi espíritu, y, lo que es peor, de tantas desgracias para nuestro país. Pero va á tus manos, y esto hace menos sensible la despedida.

Que tú quieras también un poco á mi indio; que tú lo miras con menos indiferencia de lo que él acaso merece, me lo demuestra el hecho de haber tú sentido una antipatía y una repulsión invencibles hacia D. Gonzalo de Orgaz porque lo hirió la muerte en el bosque.

Si á tí se te hubiera dado á elegir el desenlace de mi poema, yo bien me sé cuál hubieras elegido.

¡No podía ser!

Nó: tu idea era imposible. Blanca (tu raza, nuestra raza) ha quedado viva sobre el cadáver del charrúa.

Pero, en cambio, las últimas notas que escucharás en mi poema son los lamentos de la española y de la oración del monje; la voz de nuestra raza y el acento de nuestra fe; la caridad cristiana y la misericordia eterna.

El poeta no puede decir mentiras por más dulces que ellas sean.

¿Te ríes?



Pues no te lo digo en broma. El arte es la verdad, la alta verdad inoculada en la ficción como un soplo vivificante y eterno; de ahí que la verdad, lo real en el arte, no esté en la forma, como lo eterno en el hombre no está en el cuerpo.

Y la prueba de ello la tienes en que la alta verdad, la excelsa realidad del pensamiento, alma de la creación artística, ha inmortalizado y conducido triunfantes al través de los siglos obras de formas diversas y hasta radicalmente opuestas, formas que recorren un diapason tan extenso como el que media (te citaré dos obras que tú conoces) entre *La Tempestad* de Shakespeare y *El Quijote* de Cervantes.

El arte contribuye poderosamente á la felicidad y al mejoramiento sociales, ¿sabes por qué?

¿Será porque copia ó reproduce lo que existe materialmente, lo que todo el mundo ve y toca, y porque consigue despertar en el hombre las mismas impresiones que las escenas reales despiertan en él?

Todo lo contrario.

El arte contribuye al mejoramiento social porque, por medio de él, el común de las gentes participa de la visión de los hombres excepcionales, y se eleva y ennoblece en la contemplación de aquello cuya existencia no conocería si el poeta no le dijera: levanta la frente; sube conmigo á las regiones de la belleza; la atmósfera es pura porque acaba de atravesarla la tempestad del genio

que, como las tempestades de la tierra, purifica el ambiente.

En una palabra: el arte no es otra cosa que la reproducción sensible de la vida ideal.

Y la vida única de la inteligencia es la verdad, como la única vida de la voluntad es el bien.

De ahí que la única fuente de belleza artística sea el pensamiento en que el bien se difunde y la verdad splende; de ahí que, como antes te decía, el poeta no pueda decir mentiras.

Yo debía, pues, decir la verdad en *Tabaré*; inocularla en el organismo literario que amasaba con el limo de nuestra tierra virgen y hermosa.

No extrañes que haya elegido una verdad llena de inmensa tristeza: las que más aprietan el corazón son las que más eficazmente lo esprimen, las que le hacen verter su jugo más íntimo.

El de mi alma va en *TABARÉ*, por eso te lo ofrezco en una fecha que nos es querida. (1)

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN.

Buenos Aires, 19 de Agosto de 1886.

(1) Después de escrita esta página, que respeto hasta en sus incorrecciones, y antes de darla á la prensa, mi esposa ha muerto... He bendecido la voluntad de Dios que me la dió y me la quitó: he ofrecido á Dios, como holocausto propiciatorio, los pedazos de mi corazón que El destrozó. Con la absoluta evidencia de la fé, sólo veo en el dolor el nuncio de las divinas misericordias.—Sea.